

y es que 'ls anima
la forsa que reserva
Deu pels qu' Ell guia.

Las flamas de tas galdas
son rosas veras
del roserar autentic
que al pit arrela,
y per ta boca,
de joyas corullada
la flayre hi brolla.

Accents que ta garganta
parlant destrena,
al rossinyol cantayre
donan enveja;
son melodías
que glosan la pau santa
que 'l Cel nos brinda.

Ta esculptural figura
fa recordansa
l' original de Venus
á qui aventatjas,
perque tu ets copia
dels Angels que t' esperan
allá en la Gloria.

¡Oh, ideal del cor! Encarna-t
per amaynar-me
lo passional sadisme
que m' encén l' ánima.
Plau al poeta,
que al despertar del somni
canta sa pena.

RAMÓN SABATÉS.

El lenguaje en una de sus fases metafóricas

II

En este periodo, tendia el hombre (como el primitivo, el niño, y aun el que habla una lengua extranjera que no domina) en nombrar las cosas con la palabra ó expresión que más pusiera de relieve la cualidad característica de aquéllas, y en generalizar la expresión. Y como los objetos se consideran desde un punto de vista diferente, por aquello del poeta de que cada cosa es del color del cristal (pensar, sentir) con que se mira, resulta que un mismo objeto tiene tantas cualidades características como espectadores lo contemplan, y,

por tanto, habian de existir diversos vocablos para nombrarlo.

Es difícil, aun en el hombre ilustrado, dar siempre con la verdadera palabra de una cosa, y servirse de la misma sin acompañarla de la impresión que le haya causado. Si contempla un paisaje, una montaña, no usa sólo el nombre para nombrarlo, sino que añade, y según las aficiones de cada cual, el epíteto que pone de relieve la cualidad de la sensación recibida en el ánimo. El hombre no ilustrado, y en particular el primitivo, las cosas las designa no por el nombre especial que éstas tengan, sino por la cualidad característica de las mismas, por el vocablo ó expresión generalizada, raras veces por el vocablo que podríamos llamar individual.

Bien sabida es la riqueza que en sinónimos poseen las lenguas antiguas, ó mejor dicho, los diferentes nombres que un mismo objeto tiene para ser designado. A la mayoría de éstos, en las lenguas modernas, se les aplica un solo nombre; en las antiguas (y en las modernas que usa el hombre primitivo) domina la polionimia.

Llevaban, pues, las cosas más de un atributo. Según el punto de vista desde el cual se consideraban, había, para designarlas, atributos más apropiados unos que otros. Cuando los dialectos sirvieron, además, como transmisores de la literatura cesó la pluralidad de nombres para designar un mismo objeto. La literatura (oral y escrita) prefería servirse, para nombrarlos, de un nombre fijo, que quedó después con el nombre propio de los mismos.

La polionimia dió lugar á la homonimia. Si un objeto se le nombraba con cincuenta epítetos ó nombres expresivos de otras tantas cualidades que parecía poseer, algunos de esos epítetos ó nombres expresivos servirían igualmente para designar otros objetos que tuvieran alguna de aquellas cualidades. Por eso diferentes objetos fueron conocidos con un mismo nombre, los cuales pasaron á ser homónimos.

La tendencia á la polionimia la tenemos también, aunque no tan extensamente, en las lenguas modernas. En castellano existe «lindo, pisaverde, currutaco, lechuguino, petri-metre y gomoso», que viene á significar la misma cosa. Lo mismo puede decirse de «palabra, término, voz, dicción y vocablo». Un orientalista dice que los árabes poseen cincuenta voces para significar los ojos, ochenta para la miel, docientas para la serpiente, quinientas para el león. En la lengua sánscrita se encuentran cinco vocablos para mano; once para luz, quince para nubes, veinte para